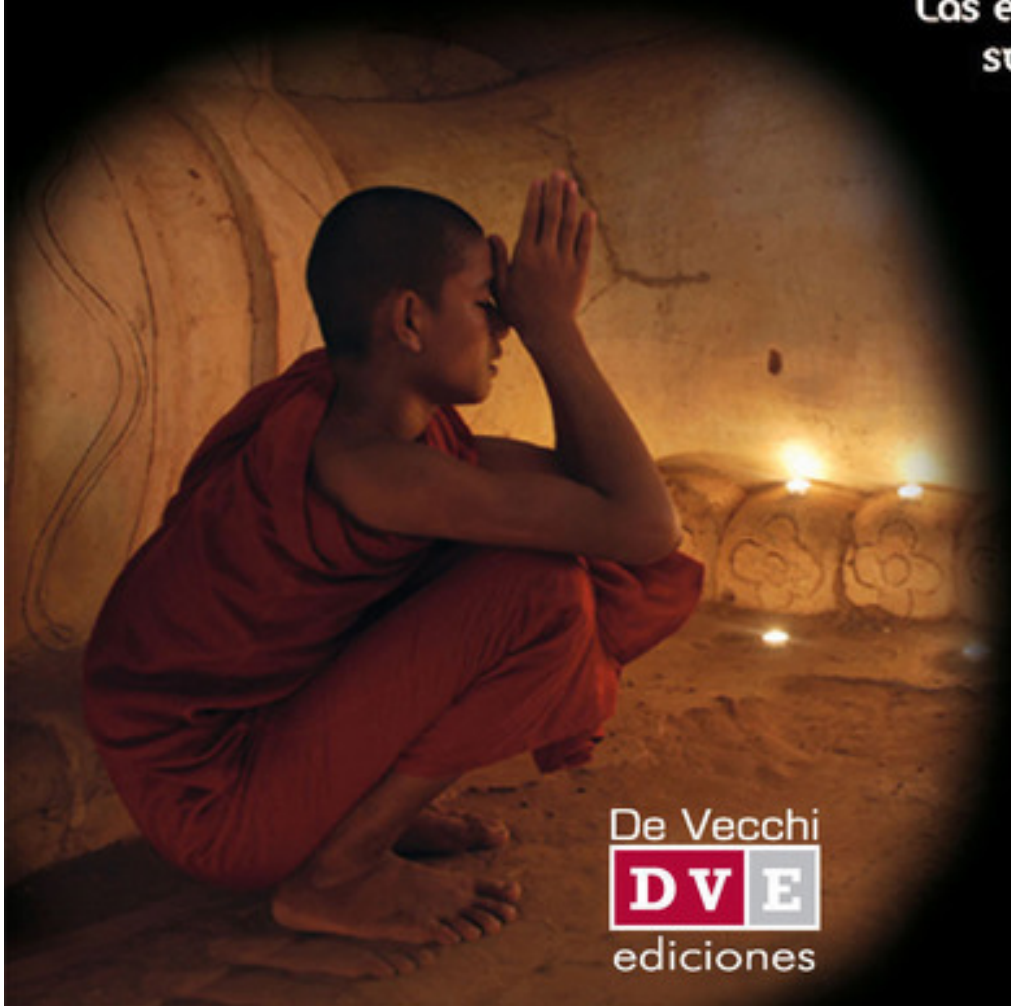
Bernard Baudouin

Budismo, escuela de sabiduría

Las enseñanzas de Buda, su moral, su filosofía



De Vecchi
DVE
ediciones

Bernard Baudouin

Budismo, escuela de sabiduría. Las enseñanzas de Buda, su moral, su filosofía

«Parkstone International Publishing»

2012

Baudouin B.

Budismo, escuela de sabiduría. Las enseñanzas de Buda, su moral, su filosofía / B. Baudouin — «Parkstone International Publishing», 2012

ISBN 978-84-315-5407-1

El budismo está viviendo en la actualidad un momento de auge: se ofrece a los hombres de buena voluntad que buscan, reflexionan y se hacen preguntas. Es una ventana abierta a un vuelo espiritual que aporta esperanzas y liberaciones. Muchas personas encuentran en él las respuestas a sus más profundas exigencias. Pero, ¿qué es exactamente el budismo? ¿Cómo se ha desarrollado? ¿Qué horizontes abren sus revelaciones? Con este libro, podrá realizar un viaje en el tiempo a la antigua India, para asistir a los orígenes del budismo. Pero sería un error creer que, por haber visto la luz en Oriente, el budismo no tiene nada que ver con nuestra civilización. Los viajes en el tiempo como el que podrá realizar siguiendo las páginas de este libro, le enseñarán que los problemas del hombre son universales, en sus miedos y en sus expectativas, en su deseo de profunda paz y en su búsqueda de la certeza. El objetivo fundamental de esta obra es que el encuentro con la enseñanza de Buda pueda abrir un nuevo camino de comprensión que proporcione la esperanza de un mañana mejor. Se trata sin duda de una lectura convincente y atractiva que le ayudará a conocer el budismo en profundidad, y le llevará a una gran apertura moral y espiritual, a una sugerente aventura del espíritu.

ISBN 978-84-315-5407-1

© Baudouin B., 2012
© Parkstone International Publishing, 2012

Содержание

Prólogo 7
Introducción 8
Primera parte 9
El contexto histórico 10
Los fundamentos religiosos del brahmanismo 12
Los orígenes del budismo 15
Un nacimiento privilegiado 15
El alba de una nueva vida 16
El camino de la sabidurÍa 16
Una búsqueda interior 17
La revelación 17
Del despertar a la vocación de transmitir 18
El «Salvador de los hombres» 19
La enseñanza de Buda 21
El anunciador de la «salvación» 21
Las virtudes del ejemplo 22
Конец ознакомительного фрагмента. 23

Bernard Baudouin
Budismo, escuela de sabidurÍa
Las enseñanzas de Buda, su moral, su filosofía

A pesar de haber puesto el máximo cuidado en la redacción de esta obra, el autor o el editor no pueden en modo alguno responsabilizarse por las informaciones (fórmulas, recetas, técnicas, etc.) vertidas en el texto. Se aconseja, en el caso de problemas específicos – a menudo únicos— de cada lector en particular, que se consulte con una persona cualificada para obtener las informaciones más completas, más exactas y lo más actualizadas posible. DE VECCHI EDICIONES, S. A.

De Vecchi Ediciones participa en la plataforma digital **zonaebooks.com**
Desde su página web (www.zonaebooks.com) podrá descargarse todas las obras de nuestro catálogo disponibles en este formato.

Diseño gráfico de la cubierta: © YES.
Fotografías de la cubierta: © Bartosz Hadyniak/iStockphoto y © Shutterstock.

© De Vecchi Ediciones, S. A. 2012
Avda. Diagonal 519–521, 2º 08029 Barcelona
Depósito Legal: B. 25.429-2012
ISBN: 978-84-315-5407-1

Editorial De Vecchi, S. A. de C. V.
Nogal, 16 Col. Sta. María Ribera
06400 Delegación Cuauhtémoc
México

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o trasmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de DE VECCHI EDICIONES.

* * *

Prólogo

Desde los albores de los tiempos, la fe ha estado tan arraigada en el hombre como respirar, beber o comer: una fe con millares de rostros, que responde a miles de usos, desde el más ínfimo al más elevado.

En todos los continentes y épocas, la creencia ha venido a nutrir las aspiraciones de la comunidad, a reafirmar las relaciones y a sentar las bases de un porvenir mejor y más seguro. En cualquier lugar donde la fe se ha acercado al hombre, esta ha hecho que la humanidad progrese. Ha puesto en marcha, sobre todo, la búsqueda mística que cualquier ser lleva en sí, la insaciable sed de una dimensión perdida, la espera punzante de un retorno a lo esencial y la necesidad fundamental de respuestas más allá de lo material para aceptar mejor la adversidad de la existencia.

Era inevitable que dicha fe encontrase una expresión ideal en una espiritualidad «iluminada», con tantas matizaciones como etnias, países y lenguas existen, y se plasmara en una sorprendente paleta de inconmensurables colores que mezcla rituales y secretos, dogmas y prohibiciones, rezos cantados y silencios meditativos. Y siempre, en cualquier tiempo y lugar, ha poseído el mismo rigor que reconduce al hombre a su dimensión sagrada.

Introducción

Llevaba ya mucho tiempo viajando, cuando un día sentí la necesidad de hacer una parada. Estábamos todavía en los tiempos oscuros y lejanos. Los pueblos de todos los rincones forjaban todavía su devenir futuro, más con la fuerza que con la razón.

Había abandonado a mi maestro unos años antes y me alimentaba con avidez de todo lo que encontraba. Había aprendido mucho de la sabiduría de aquel excelso ser, pero las cosas que día a día iba descubriendo me maravillaban. Más allá de las palabras y de las grandes ideas que conservaban los ancianos, la vida era un libro abierto y cada una de sus páginas plantaba una semilla en mi alma. Por esta razón, mi maestro me había dicho que ya estaba preparado y que ahora debía recorrer el mundo. Como siempre, había comprendido que aquel era el momento.

Ha pasado ya mucho tiempo, tal vez demasiado. Los viajes me han llevado a donde los hombres han intentado, para bien o para mal, hacer de su mundo un universo de paz y prosperidad. En muchas ocasiones diferentes he atravesado tanto el tiempo como los océanos, he escalado montañas, he escuchado la furia de los elementos, he descubierto pueblos y civilizaciones, y me he visto invadido por el fervor y la renuncia. Pero sólo me ha guiado una idea concreta, una frase que mi maestro pronunció hace ya mucho tiempo y que martilleaba mi memoria: «Vencedor o vencido, buscador o vagabundo, guerrero o penitente, sabio o renegado, el hombre es un ser de luz, porque lleva en sí la huella de los dioses. Por ello no deja de creer y de esperar. Allá donde vaya, haga lo que haga, escúchalo, míralo, ofrécele tu calor y tu consejo; de ese modo crecerás».

Hoy me toca a mí guiarles. Marchen a mi paso, coloquen la mano sobre mi brazo. Escuchen y miren. El tiempo se diluye; tan sólo cuenta lo esencial.

Primera parte
Definición

El contexto histórico

Para los hindúes, cualquier acción es un rito, cualquier arte es símbolo de ideas religiosas, cualquier culto es expresión de la vida, y toda la vida es un aspecto de lo Eterno.[1]

De acuerdo, ya podemos abrir los ojos: la magia del viaje ha vuelto a funcionar. En un soplo se ha abierto un paréntesis que nos lleva unos cuantos siglos atrás, hasta un escenario que parecía fosilizado, pero que de golpe se anima para revelar toda su vitalidad.

Bienvenidos a las lejanas tierras de la India secular. Nos encontramos en el año 556 antes de la llegada de aquel que iba a ser llamado Jesucristo. La inmensa llanura que se extiende delante de nosotros, hasta donde no alcanza la vista, no es otra que la cuenca del río Ganges. En este punto, las aguas del Djumna confluyen en el gran río que poco a poco se va desviando hacia oriente, antes de bañar Benarés y Patna.

Al este se extiende el Vidêha con su capital, Vaisali;[2] al norte se encuentra el reino de Kosala,[3] y al sur, el país de Magadha.[4] El reino de Sakya, sobre el que se concentra nuestro interés, no es un principado de Kosala, sino sólo una gran extensión de terreno, con sus señores, sus haciendas y sus factorías.

Allí, no muy lejos del Nepal, al este del río Sadânirâ, que se abre camino hacia los escarpados contrafuertes del Himalaya, nacerá el budismo. Pero de eso hablaremos más tarde. Por el momento, vamos a ocuparnos de cómo era entonces la vida en la civilización india.

Descubrir la India ancestral significa encontrarse frente a una evidencia: no se trata, como sucedió en otros lugares, de una civilización que se ha desarrollado de manera lenta y paciente a lo largo de los años y que a partir de la nada ha evolucionado por sí misma, sin influencias externas, sino de todo lo contrario, dada la gran diversidad de etnias y de regiones que la forman. La India del siglo VI a. de C. suma la riqueza de sucesivas influencias, que antiguamente estaban unidas en lo que podría definirse como un «tronco común» antes de confluir en una fusión global de múltiples aportaciones. Precisamente en ello, en contra de lo que podría esperarse, reside la mayor fuerza de la India: el extraer de esa amalgama, muy compleja en su origen, no un conjunto de grupos hostiles o una comunidad de múltiples aspectos y con una inercia comprensible, sino una auténtica sociedad homogénea, dotada de unas estructuras sociales, políticas y artísticas coherentes.

Las razones que llevan a este éxito – que, desde el 556 a. de C., perdura ya casi tres mil años — son muy sencillas: la capacidad de los hindúes para combinar con sabiduría el culto, el rito y la religión. El secreto reside en encontrar en lo más profundo de cada cual una fe idéntica, aunque a veces contenga sutiles matices, según los cuales existe en el seno de cada cosa un mismo espíritu, al cual cada uno debe rendir adoración durante el culto.

Para comprender cuál va a ser en poco tiempo el impacto del budismo en una sociedad de ese tipo, es necesario detenerse un poco para contemplar esta India milenaria, porque nada explica mejor la emergencia de un fenómeno que el lugar en el que dio los primeros frutos.

¿Qué podemos ver si volvemos atrás en el tiempo? La India era una tierra muy fértil en costumbres y tradiciones. Desde los orígenes de su historia, en el largo paso de una época a otra que ha contribuido a su estructuración, siempre ha estado constelada y enriquecida por creencias y

---

[1] PERCIVAL SPEAR: *L'Inde classique*, Time-Life, 1981.

[2] Actualmente, Bädar, en el distrito de Muzaffarpur.

[3] Actualmente, el Audh.

[4] La actual Behar.

ritos, necesarios para el hombre, a partir de los cuales se ha ido perfilando una organización social muy particular.

Debemos retroceder hasta el siglo XVII a. de C. para llegar a las migraciones de los arios desde Irán y su expansión por el Punjab. En los siglos siguientes, con una lógica implacable, la «invasión» continuó por toda la cuenca del Indo, después llegó al Ganges y, finalmente, al norte del Deccan.

Entre los siglos XV y X a. de C. ven la luz los más bellos versos de los poemas védicos. Los *Veda*,[5] escritos en sánscrito,[6] evocan las épocas de los arios: desde entonces, pasan a formar parte de la literatura sagrada de la India.

La religión védica deja su huella en toda la sociedad. Dada la importancia preponderante atribuida a los sacrificios, la religión subraya en cada circunstancia las estrechas relaciones de los hombres con las divinidades: los dones que se ofrecen a los dioses garantizan a cada uno de los individuos la protección divina, hasta el punto de que el destino de las personas, así como el del universo en su totalidad, acaba dependiendo de los ritos sacrificiales.

Con el sacrificio elevado al rango de ley fundamental que gobierna el cosmos, aparece la noción del ser primordial. Según la leyenda, los dioses sometieron al hombre a una gran cantidad de pruebas que acabaron por reducirlo a trozos; de esta manera vienen al mundo seres diferentes entre sí. Por la fuerza de su impacto, y por la renuncia que representa, el sacrificio tiene la función de reunir a los seres separados y reconducirlos a la unidad primitiva en la que se reunificará el ser primordial.

Esta dinámica sacrificial adquiere tal importancia en la antigua India que un grupo humano se vio proyectado de manera natural al primer plano de la escena pública: los sacerdotes o brahmanes, encargados de ordenar los sacrificios. De su supremacía sacerdotal – y del inconfesado deseo de defender sus privilegios—, así como de la voluntad de salvaguardar la pureza de la sangre aria, nacerá el régimen de castas. Existen cuatro castas: las tres primeras comprenden a los arios, y la cuarta, a los aborígenes.

1. Los brahmanes (sacerdotes).
2. Los *kshattryia* (guerreros).
3. Los *vaisya* (artesanos, campesinos y comerciantes).
4. Los *sudra* (sirvientes).[7]

Esta nueva definición de la sociedad de la India llevará poco a poco a un cambio del papel de la religión. En su origen, el sacrificio tenía la función de ser una ofrenda a los dioses, y las numerosas acciones de gracia y los rezos reforzaban su impacto. Con el tiempo, la base del sacrificio superó el estadio religioso para asumir una dimensión metafísica: más allá del auténtico sacrificio se encuentra la fórmula ritual, el *Brâhman*, que enseguida se hace primordial y permite acceder a la ciencia perfecta. De este modo, es la casta de los brahmanes la que custodia celosamente los secretos. De lo anterior deriva una auténtica toma de poder de estos últimos, que no sólo les confiere el monopolio religioso, sino también, y sobre todo, la supremacía social y política sobre el resto de las castas.

---

[5] «El *Veda* ("saber") se compone de cuatro *sâmitha* ("antologías"). El primero, el *Rig-veda*, es sin duda el más antiguo – porque sus himnos sólo hacen alusión a las regiones del Punjab, el primer territorio ocupado por los arios— y contiene 1.028 himnos y cantos sacrificiales, divididos en diez libros. El segundo, el *Sâma-veda*, contiene sólo 585 estrofas, destinadas a servir de notación musical a las diferentes melodías litúrgicas. El tercero, el *Yajur-veda*, ofrece las fórmulas necesarias para los diferentes sacrificios – sacrificios con las manos y con el fuego, de luna nueva y de luna llena, etcétera—. El cuarto, el *Atharta-veda* – llamado así por los *athavaran*, sacerdotes dedicados al culto del fuego—, corresponde a los exorcismos y encantos mágicos». HENRI ARVON: *Le ouddhisme*, col. «Que sais-je?», PUF.

[6] Lengua indoeuropea emparentada con el iraní.

[7] HENRI ARVON: *op. cit.*

A lo largo de muchas centurias, tanto los *Brâhmana*[8] como los *Upanishad*,[9] compuestos entre los siglos IX y VIII a. de C., se afirmaron como los sedimentos esenciales del pensamiento brahmánico. Junto a los cuatro *Veda*, formaban la *Sruti*.[10]

Otra corriente, menos oficial y cada vez más aceptada por el pueblo, marca el paso entre la época védica y la de los brahmanes: es la era del ascetismo.

Los ascetas han estado presentes en la India secular desde siempre; vivían recluidos en el campo, donde aleccionaban a sus discípulos. Las creencias populares suponen que el ascetismo favorece la inteligencia y la comprensión de la verdadera salvación, y que las mortificaciones dan fuerzas casi milagrosas. Ello confiere al asceta un poder «extraordinario», que lo capacita para competir, según su deseo, con las potencias terrestres y celestes.

Los fundamentos religiosos del brahmanismo

Conforme la India pasaba de la religión védica al brahmanismo, fueron apareciendo dos ideas principales sobre las cuales se concentran la atención y las prácticas de toda la población: el *âtman* y el *brâhman*.

El âtman,[11] como lo define Maurice Percheron en una excelente obra,[12] es «aquello que, más allá de cada existencia, subsiste en el individuo; es decir, lo que está asociado al espíritu, principio de vida y de conocimiento, y que constituye la sustancia espiritual no sólo del hombre, sino de todas las cosas. El âtman representa la unidad que se eleva tras una diversidad y dualidad aparentes».

Más allá de los hechos y del tiempo que transcurre, el âtman es la continuidad, el signo de lo absoluto que reúne en un mismo espacio lo interior y lo exterior, aquello que se es y aquello que se ve, lo que se piensa y lo que se hace; es el Uno que incluye todo cuanto existe. «Esta es la verdad: al igual que de un fuego que arde se desprenden millares de destellos parecidos a él, del mismo modo nacen del ser inmutable tantas especies de seres que vuelven a él».[13] «Este es él, el âtman, que no puede fijarse ni por un lado ni por otro; es inasible, porque no se puede sujetar; es indestructible, porque no se puede destruir; es insostenible, porque nada depende de él; no está relacionado con nada; es inquebrantable, nada puede dañarlo».[14]

El âtman une a cada uno de los individuos con lo universal, en una comunión del alma con todos los seres y cosas.

Por su parte, en un principio el brâhman es la potencia que el hombre descubre en cada fenómeno insólito o inexplicable. Influir en el papel de dichas potencias es la función de los sacrificios, de tal manera que poco a poco esta noción se identificará con la fórmula de los encantamientos, con la plegaria. A continuación, superada otra etapa, se asimilará al principio global del universo. «En verdad, el principio del que nacen los seres, del cual viven una vez nacidos y donde vuelven a entrar cuando mueren, debes tratar de conocerlo: es el brâhman».[15]

«El alma de las criaturas es una, pero está presente en cada una de ellas: unidad y pluralidad juntas, como la luna que se refleja en el agua».[16]

Considerado como una fuerza cósmica, el brâhman se convierte en la palabra sagrada, que ya no se contenta con servir a los dioses mediante el sacrificio, sino que asume el grado de principio

---

[8] *Brâhmana*: especulaciones sacrificiales.

[9] *Upanishad*: enseñanzas y desarrollos metafísicos recibidos por un gurú.

[10] *Sruti*: aquello que se ha oído.

[11] *Atman: At man* («este yo»).

[12] MAURICE PERCHERON: *Le Bouddha et le bouddhisme*, Éditions du Seuil, 1956.

[13] *Upanishad*.

[14] *Ibíd.*

[15] *Ibíd.*

[16] *Ibíd*

metafísico del Ser. La finalidad fundamental es la de hacer pasar el âtman del sacrificador al brâhman: es la puerta abierta al reconocimiento del dios universal, de un único soplo divino del que todas las divinidades adoradas hasta ese momento serán sólo representaciones.

La mística brahmánica se nutre de estas dos concepciones: el Ser adquiere un significado espiritual, mientras que el alma universal vive en todas las cosas. Dicha visión emerge en la antigua India en una espiritualidad de cada instante, por la que los seres y los objetos están dotados de un valor universal.

Sin embargo, mediante una observación más atenta, el âtman-brâhman parece una definición fría y teórica de la espiritualidad; por lo tanto, se encontraba reservada en la India de aquella época a una elite intelectual, que incluso era sospechosa de favorecer sus intereses, hasta que el concepto llegó a parecer una pura especulación de casta.

Con los *Upanishad*,[17] textos nacidos de interminables discusiones técnicas entre brahmanes, se superará una nueva etapa. Al distanciarse de la importancia del papel de los sacrificios, aunque sin optar todavía por suprimirlos de la religión, se ve emerger lentamente una nueva noción de la relación entre el âtman y la transmigración: la salvación individual. Este factor adquirirá enseguida una considerable importancia bajo el nombre de *Karman*.[18]

De generación en generación van apareciendo nuevas ideas por parte de los ascetas como resultado de sus interminables meditaciones, especialmente sobre el tema de la muerte y el posible final del hombre. Se hace casi evidente que subsiste algo cuando el cuerpo del ser humano cesa de funcionar; esto tiene muchos puntos en común con una fuerza vital, primordial e indestructible, que ciertamente parece atenuarse, pero que está llamada a expresarse mediante otra forma.

De este modo, poco a poco, se propaga en lo profundo de la India la noción de la transmigración, que responde a la innata necesidad de cada persona de creer en la continuidad de la vida, pero también codifica la naturaleza de una existencia que relaciona los aspectos positivos o negativos con una sanción por parte del porvenir. Al superar la noción ancestral de herencia colectiva de cada ser humano, se considera ahora que el alma es una individualidad de una parte entera que vive una sucesión de existencias y cuya cualidad depende de sus actos. El Karman es lo que une estas diferentes vidas.

Al migrar de una existencia a otra, el núcleo de energía – impalpable e indestructible— reviste cada vez una nueva forma física, de la misma manera que se cambia un traje cuando está demasiado viejo. Las condiciones de la existencia del nuevo cuerpo están relacionadas directamente con los actos, palabras y pensamientos de las anteriores encarnaciones. Todo esto equivale a un sistema, si queremos imparcial, de remuneración de los méritos y de castigo de las culpas, que toma el aspecto de una verdadera doctrina de la reencarnación: el *samsâra*.

En esta denominación se encuentra la noción de flujo universal y circular, que se refleja directamente en el incesante ciclo de muertes y nacimientos. En este flujo sin principio ni fin, el ser vivo renace, según la cualidad de los actos realizados durante una vida dada, en una condición más o menos feliz en el curso de sus sucesivas vidas. Puede renacer como dios, hombre, animal o espíritu maléfico, o incluso en los terroríficos infiernos. Pero la duración de la vida en todos estos estados, aunque varía mucho, siempre es limitada, y tarde o temprano cada uno de los seres muere para renacer después en otras circunstancias.[19]

Pero, como es sabido, el hombre no es capaz de contentarse con lo que tiene y siempre quiere más. La fantástica apertura que representa la aceptación de la inmortalidad del núcleo energético, del alma, de los sucesivos renacimientos, de este eterno volver a comenzar según los méritos de cada uno, se encontrará al final frente a una importante objeción: ¿el destino del ser humano debe

---

[17] *Upanishad:* literalmente, las «comunicaciones confidenciales».

[18] *Karman:* etimológicamente, «acto» y, por extensión, «conjunto de actos».

[19] DENIS GIRA: *Comprendre le bouddhisme*, Éditions du Centurion, 1989.

estar eternamente encadenado a la consecuencia de sus actos? ¿No existe para el individuo nada más allá de la reencarnación? ¿Será posible no reencarnarse más, alcanzar en definitiva un estado en el que los actos ya no tengan importancia porque lo esencial está finalmente en lo inmaterial? ¿No existe un nivel superior a la reencarnación que al final lleve a la paz, a la liberación definitiva?

La respuesta se encontró enseguida: la liberación está en la función del âtman y el brâhman.

«Quien conquista el âtman se hace insensible al placer y al dolor, indiferente a todo: supera las penas del corazón. Para él ya no existen ni padre ni madre, ni dios ni veda, ni vida ni muerte. Es ya capaz de decir la palabra justa: *Ta tvam así* ("tú lo sabes")».

El medio más seguro para alcanzar tal fusión lo proporcionarán los ascetas. Los yoguis instauran diferentes métodos, al unir con rigor la meditación y la mortificación, para acabar con el ciclo de los renacimientos. El objetivo de este camino iniciático es llegar al dominio de uno mismo, la única vía que lleva al conocimiento, una meta para la persona que quiera estar en condiciones de recibir la extrema revelación y, en definitiva, aquello que le autoriza a fundirse en el universo.

Porque esa es la finalidad, la gracia prometida a cada uno de los seres. «Si cada existencia sucesiva depende de los actos que se realizan en las anteriores, la única manera de salir del ciclo de las transmigraciones es evitar cualquier acción que pueda producir un fruto bueno o malo. De este modo, en algunas vidas, el fruto del karma que viene de las vidas anteriores puede agotarse, mientras que no se puede crear ningún fruto nuevo. Al eliminar todo el karma mediante la ascesis, los ascetas esperan eludir, por así decirlo, el impulso fatal y sustraerse a la prisión del samsâra, el mundo de nacimientos y de muertes sin fin».[20]

Llegados a los umbrales del siglo VI a. de C., el que nos interesa, ¿qué observamos? Después de casi un milenio, aquello que constituía la fuerza de este formidable país se ha debilitado poco a poco y ha lanzado a la India religiosa a una especie de letargo que los especialistas no dudarán en considerar, en tiempos futuros, como una esclerosis que lleva en sí el germen de una inevitable renovación.

Ciertamente, el brahmanismo extiende sin reservas su influencia por el país, pero por todas partes empiezan a surgir reacciones frente a una hegemonía que presenta todos los aspectos de la omnipotencia. Se multiplican los ejemplos que hacen evidentes, en muchas ocasiones, la brecha que se ha abierto entre los brahmanes y sus misiones altamente espirituales, tentados para aprovecharse materialmente de su posición de privilegio.

En este momento se dan todas las condiciones para la entrada en escena de Siddhartha Gautama, aquel al que las generaciones futuras llamarían el Buda.[21]

[20] DENIS GIRA: *op. cit.*

[21] Buda: «El Despierto, el Iluminado».

Los orígenes del budismo

El escenario está preparado. Para nuestros insaciables ojos de viajeros del tiempo, la India ofrece un variado fresco de esplendores y de ambientes, de etnias y de pequeños o grandes poderes. Las multitudes de la India ya existían en tiempos lejanos.

De esta manera se saborea mejor el fascinante poder que permite sumergirse en el pasado de la humanidad. En nuestro caso se encuentra en juego el devenir de decenas, de centenares de millones de seres humanos, que se presentará «sellado» durante siglos en las bases de esta religión.

Para comprender este fenómeno no basta con echar un simple vistazo a este pasado, tan cargado de significados que en muchos puntos ha llegado a convertirse en leyenda. Nos dejaremos guiar en este camino por un peregrino que, más allá de lo anecdótico, conduce a una renuncia tan cercana a lo esencial que millones de almas lo han deificado.

Dejemos, pues, que el tiempo corra sin que nos imponga más sus barreras y que venga con nosotros aquel que desde que estaba vivo y durante muchas generaciones futuras encarna el despertar.

Un nacimiento privilegiado

Estamos entre los años 560 y 556 a. de C.,[22] en una ciudad del reino de Kosala llamada Kapilavastu. Mucho más tarde, a esta región montañosa del Himalaya se la conocerá como Nepal.

En una familia aristocrática aparentemente perteneciente al clan de los Sakya[23] nace el joven Siddhartha,[24] cuyo patronímico es Gautama. Su padre es el rey Suddhodana y su madre, la reina Mâyâ. De su origen noble provendrá uno de los sobrenombres más conocidos de Siddhartha: Sakyamuni.[25]

Su madre murió poco después de que él naciese. La hermana de esta, Mahâ-Prajâpatî, tomó a su cargo al niño antes de convertirse en la nueva mujer de su padre.

En los siguientes años, el rey toma todo tipo de medidas para evitar que al joven príncipe le afecten las realidades de los sufrimientos humanos de la época. Entre los muros del palacio real, el niño crece dentro de una nobleza rica y celosa de sus privilegios. Recibe instrucción, y brilla en el estudio de las ciencias y de las lenguas, ya que está dotado de una inteligencia que suscita la admiración de sus maestros; demuestra tener una gran destreza con el arco, en la esgrima y en la equitación.

Todo parece predestinar al joven Siddhartha al lujo principesco de una existencia ociosa, hecha de riquezas y de privilegios. Parecía conquistado por los placeres terrenales cuando, aconsejado por su padre, acepta casarse con la bella Gopa Yasodhara.

Es entonces cuando, destinado a las mayores responsabilidades del principado y a la sucesión del trono, Siddhartha Gautama traspasa los muros del palacio y va a la ciudad. En los caminos de Kapilavastu, descubre mediante cuatro encuentros una realidad más fría y dura de la que hasta ese momento se le había descrito: se trata de una revelación. El primer encuentro tiene lugar al visitar en carro los jardines reales: allí se encuentra con un anciano de más de ochenta años, con el cuerpo cansado y deformado, y en este lugar se desencadenan un sinfín de preguntas. Al no haberse encontrado nunca ante un espectáculo de este tipo, Siddhartha aprende estupefacto, gracias a su cochero, que la vejez es el destino de todos los hombres. Poco después, un hombre al que

[22] Los historiadores no están de acuerdo en la fecha exacta.

[23] Casta de los guerreros y de los príncipes.

[24] Siddhartha: «Aquel que cumple».

[25] Sakyamuni: «El asceta del clan Sakya».

le habían mordido en la ingle y estaba enfermo de peste negra, devorado por el dolor y por una muerte segura, sacude la tranquilidad de su ocioso intelecto. Una vez más el cochero le enseña la realidad del sufrimiento y de la enfermedad, del carácter efímero que tiene la salud. Siddhartha siente una gran tristeza.

Otro día se cruza con un cortejo de plañideras que acompañan a un muerto a la hoguera y descubre el dolor de quienes pierden a un ser amado.

La comprensión repentina del joven príncipe de que la vejez destruye la juventud, de que la enfermedad puede suplantar la salud y de que la muerte pone fin a la vida, supone un cambio importante: todo aquello no tiene nada que ver con lo que le han enseñado.

El cuarto encuentro le ofrecerá las respuestas a las preguntas que se plantea y le servirá de estímulo para su futura existencia. Se trata de un religioso mendicante,[26] pobre pero digno, sereno a pesar de su condición, que no teme a la muerte y es dueño de sí mismo. Impresionado por la paz interior y la serenidad que emanan de aquel hombre, Siddhartha comprende al instante que allí se encuentra el camino, su camino. Y no tendrá descanso hasta que no alcance aquel estado de liberación de las contingencias físicas y materiales.

A la vuelta de esta última salida, al príncipe se le informa de que su mujer le ha dado un hijo cuyo nombre es Râhula.[27] De manera paradójica, este feliz evento le convence de la urgencia de su elección; para él ha llegado el momento de partir.

La noche siguiente, Siddhartha Gautama se aleja de su mujer dormida y de su hijo. Abandona furtivamente el palacio de su padre para siempre, y renuncia a la corona, a sus privilegios, honores y gloria. Tiene veintinueve años.

El alba de una nueva vida

Al decidir alejarse de su morada, no ver más a su familia, partir de la región que lo ha visto nacer y renunciar a los placeres de este mundo, Siddhartha jura encontrar la salvación mediante la ascesis.

En la época en que nos encontramos – en el siglo VI a. de C. – esta decisión no es en absoluto original, sino que se adecua a las tradiciones hindúes.

Firmemente decidido, Siddhartha penetra en el bosque más cercano. Sus primeros actos de hombre liberado son simbólicos: se quita las ropas principescas, se corta el cabello y se afeita la barba. Comienza así una vida errante.

Debe insistirse en que, en aquellos tiempos, una elección de este tipo no tenía nada de espectacular. En las condiciones religiosas y sociales de la época no resultaba raro ver a un aristócrata abandonar su morada y renunciar a sus bienes para ir en busca de la verdad, seguido por sus discípulos.

Por todas las calles de este inmenso país se cruzaban mendicantes y místicos. No existía bosque ni montaña que no alojase a algún asceta que practicase fervientes meditaciones y mortificaciones.

Sin embargo, esto no significaba que los ascetas hubiesen encontrado la respuesta a las preguntas fundamentales que todos se hacían acerca del ser humano y su destino.

El camino de la sabiduría

En los años que siguen a la ruptura con su trayectoria humana, Siddhartha Gautama constata en numerosas ocasiones lo largo y difícil que es el camino de la verdadera ascesis y, sobre todo,

[26] Un *bhikshu*.

[27] Siddhartha habría dicho: «Râhula ha nacido, mis hierros están forjados».

que la renuncia no puede ser sólo para él la garantía de éxito y de consuelo. En un principio se acerca a un ascetismo riguroso, como el de los eremitas de la secta Udraka Râmaputra, cercana a la ciudad de Rajagarha: aprende a no moverse, a controlar la respiración, a canalizar o reprimir los pensamientos; se consagra a la práctica de interminables ayunos.

Posteriormente prosigue su evolución con el yogui Alara-Kalaya de la secta Sankhya y en ese momento aparecen las primeras dudas en su mente. Comprende que las mortificaciones y las laceraciones, bajo la apariencia de una renuncia y una abnegación, no son de hecho más que instrumentos de la vanidad: el dolor del cuerpo y el dominio de los sentidos no conducen de ninguna manera a la virtud.

Siddhartha se convence todavía más de ello al frecuentar a los sacerdotes que le enseñan la búsqueda del âtman-brâhman. En contacto con ellos, su necesidad de saber y de comprender no halla respuestas satisfactorias: se trata sólo de creencias complicadas y herméticas, fórmulas retorcidas y preconcebidas, frialdad reservada, poco sensible a la realidad del devenir de los hombres. Después de reprocharles esta asombrosa falta de compasión por sus semejantes, no tardará mucho en abandonarlos.

Una búsqueda interior

Con esta última ruptura, Siddhartha da un nuevo paso en su búsqueda de lo absoluto: de repente se da cuenta de que no le sirve de nada buscar las respuestas o las soluciones fuera de sí mismo. Intuye entonces una idea que por fin le abre las puertas de la realidad: no es en los demás, sino en la propia interioridad, donde el hombre puede encontrar la verdad.

Se ha superado otra etapa y Siddhartha cambia una vez más de región. Junto con los cinco discípulos que ha encontrado por el camino llega al distrito de Urubilva, y se retira a la provincia de Behar meridional, no lejos de la ciudad de Gayâ. Durante los siguientes seis años pasa la mayor parte del tiempo en el templo, meditando cerca de la orilla de un río, afinando su espíritu y tratando de seguir superando poco a poco todas las ataduras del cuerpo.

Pero el respeto a las más puras reglas ascéticas lo lleva a un peligroso debilitamiento físico. Ahí se encuentra el problema, porque él no busca la perfección, sino el conocimiento, y para este propósito no le sirve mortificar el cuerpo. Siddhartha vuelve a una existencia más normal. Con un sudario encontrado en una tumba se hace una túnica y una faja, después va cada día al pueblo más cercano para mendigar comida y, poco a poco, va recuperando sus fuerzas.

La revelación

Un día, Siddhartha Gautama siente que el momento de la revelación está a punto de llegar y toma el camino de Gayâ. Al llegar la noche se detiene debajo de una higuera y, al instante, sabe que ha llegado al lugar que debía. No se desvía de la contemplación de la higuera más que para aceptar ocho brazadas de heno verde que un segador, enmudecido por la sorpresa, le tiende. Después de haber girado ocho veces en torno al árbol saludado, se coloca hacia Occidente, dispone el montón de heno a modo de asiento y se sienta con las piernas cruzadas en la posición del loto. «Debería secarse mi piel, debería marchitarse mi mano, deberían disolverse mis ojos, yo no me moveré de este asiento hasta que no haya logrado penetrar en la ciencia». Con la lengua pegada al paladar, una mano que tocaba el suelo para ponerlo por testigo y quedar impregnado de los efluvios telúricos, Gautama «fijaba, exprimía, torturaba fuertemente su pensamiento».

Durante la primera vigilia supo todo aquello que había sucedido en sus vidas anteriores. A lo largo de la segunda se le reveló el estado actual del mundo. Y antes de que el alba pusiese fin a la tercera, había llegado a comprender la concatenación de las causas y los efectos. Habían estallado dos verdades: «¡Qué miserable es este mundo! Un mundo que envejece y muere, y después renace

para envejecer y morir de nuevo. Hasta el infinito… Pero ¿la causa de esta vejez y de esta muerte no es el nacimiento y el deseo del nacimiento?». Y de este modo, pregunta a pregunta, llegó hasta la ignorancia, que es la causa última de todos los males. Al final resplandeció el último pensamiento: «Matando el deseo que lleva de un nacimiento a otro se impedirán nuevos nacimientos, nuevos dolores. No existe otro medio para matar este deseo que llevar una vida pura».[28]

Es la iluminación. En el futuro florecerán leyendas de todo tipo para describir y definir estos instantes de revelación.

Se presentará a un Siddhartha que durante semanas, siempre sentado bajo la higuera, lucha contra los dioses de la muerte y de los infiernos, y sufre ataques cada vez más dañinos, pero que no llegan a afectar su entereza y su serenidad. Una sola cosa es cierta, que ahora sabe y comprende el sentido de la vida humana: «Así, una vez que mi espíritu está concentrado, purificado, pelado, me pongo a meditar sobre esta alternancia de desaparición y renacimiento de los seres. En esta visión divina, purificada, sobrehumana veo a los seres expirar y renacer, ya sean estos de condición modesta o elevada, de buen o mal color, con vida feliz o miserable, según su karma».[29]

Dicha concepción nace de una certeza: el mal viene del nacimiento del hombre y de él se originan todos los problemas. Por lo tanto, no tener que renacer más es el objetivo que debe alcanzarse. Pero la ley del karma no tiene piedad: exige que el alma se reencarne hasta que haya expiado todas las culpas cometidas con anterioridad.

Por lo tanto, el objetivo de cualquier hombre es muy simple: mostrarse lo suficientemente recto y bueno en el curso de la vida, cercano a los pensamientos espirituales más etéreos, y esforzarse por hacer el bien para no sembrar nuevas «deudas kármicas». En una palabra, superar la individualidad y los deseos egoístas para fundirse con el infinito. De este modo, al final de esta encarnación, o como mucho de la próxima, no quedará ya nada que «rescatar» y se superará la necesidad de renacer. Ello lleva a decir que la paz no resulta accesible si no es en la fresca quietud del deseo anonadado, en el nirvana.

Del despertar a la vocación de transmitir

De *Bodhisattva*,[30] Siddhartha Gautama se ha convertido en el *Buddha*.[31] Durante siete días permanece inmóvil, degustando la alegría de la liberación. Pero enseguida cae otra vez en la incertidumbre: él no puede guardar para sí lo que ha conquistado; le asalta una formidable compasión por todo lo que vive. Ya ha alcanzado la revelación que tanto esperaba, pero esto lo sume en una profunda perplejidad. ¿Cómo anunciar al mundo esta verdad, tan difícil de ver y comprender, que supera cualquier pensamiento y que sólo el sabio puede aferrar? «¿De qué sirve revelar al mundo lo que he comprendido tras penosas luchas? La verdad permanece escondida a quien está colmado de deseos y de odio, pues es algo que cuesta mucho conseguir. Llena de misterio, profunda y oculta a las mentes toscas, no puede verla quien tenga deseos terrenales, ya que le rodea el espíritu de tinieblas». Después de muchas dudas, Buda orienta su elección sobre los cinco discípulos que lo han seguido durante una parte de su larga búsqueda, a fin de que sean los primeros en oír la Palabra. Sabe que los encontrará en Benarés y se pone en camino hacia aquella ciudad. Allí, al reunirse con sus compañeros de meditación, pronuncia el célebre «sermón de Benarés»:

> Oh, monjes, aprended que toda existencia no es más que dolor: el nacimiento es dolor, el envejecimiento es dolor. Todo como la muerte, como la unión con quien

[28] MAURICE PERCHERON: *op. cit.*

[29] Karma: ley universal según la cual cualquier acto de voluntad, bueno o malo, recibe su recompensa o castigo, en esta vida o durante nuevas reencarnaciones del alma.

[30] Bodhisattva: «Aspirante a la dignidad».

[31] Buddha: «El Iluminado».

no se ama, como la separación de quien se ama o la imposibilidad de satisfacer su deseo.

En el origen de este dolor universal está la sed de existir, la sed de placeres que ponen a prueba los cinco sentidos exteriores y el sentido interior, y también la sed de morir.

¿Cuál es, oh, monjes, el camino del Centro que el Tathâgata ha descubierto, que abre los ojos de la mente, que conduce al reposo, a la ciencia, a la iluminación, al nirvana? Aprended ante todo que está entre el ascetismo y la vida mundana. Sabed después que se trata de un camino con ocho ramificaciones que se denominan: fe pura, resolución pura, hablar puro, actuar puro, vida pura, compromiso puro, memoria pura, meditación pura.

He aquí, oh, monjes, la verdad sobre el dolor.

He aquí, oh, monjes, la verdad sobre la supresión del dolor.

He aquí, oh, monjes, la santa verdad sobre el camino que lleva a la supresión del dolor, un camino sereno y libre.

He aquí, oh, monjes, la santa verdad sobre las ocho actividades puras no manchadas del deseo de lo deseable ni del miedo de lo temible.

Después, con la ayuda de un sencillo dibujo trazado en el suelo con la punta de su bastón, Buda reveló a su auditorio el funcionamiento de la rueda de la vida: «La rueda contiene el cielo de los dioses, los hombres, los animales y los seres infernales. Es la llama que anima todo cuerpo vivo, antes de fijarse en el centro por toda la eternidad: va de un círculo a otro según sus acciones. Recordad bien esto: no os rebeléis contra vuestra condición actual, porque esta es una sanción del pasado. Esta que os enseño es la ley del karma».

Estas pocas palabras, reproducidas con fervor por la tradición hindú, constituyen el mayor hito de la enseñanza que Buda llevará a cabo en persona durante casi cuarenta y cinco años.

Durante estos años viajó mucho, sobre todo por el noreste de la India,[32] acompañado por un grupo de discípulos que cada día era más numeroso. El grupo no paraba para reposar, excepto en las estaciones de los monzones, cuando las lluvias torrenciales no permitían llevar la palabra santa en las mejores condiciones, dado que habitualmente se predicaba al aire libre.

El «Salvador de los hombres»

No es un asceta como tantos otros aquel al que van a escuchar para rezar, al que quieren acercarse a toda costa, sino el Salvador de los hombres, cuya fama lo precede de pueblo en pueblo. Su aura se extiende de manera gradual, y supera valles y montañas. Recibe una serie de sobrenombres, cada vez más evocadores, entre ellos *Arahat* (el Digno), *Tathâgata* (el Auténticamente venido), *Saccamâna* (Aquel cuyo nombre es verdad), *Bhagavat* (el Beato) y *Anomâ* (el Insondable).

Buda no se dirige tanto al pueblo en su gran diversidad como a las elites intelectuales y religiosas. Sabe perfectamente que el pueblo está todavía estancado en creencias milenarias de otros tiempos, en las que se mezclan indistintamente representaciones de múltiples dioses, así como la superstición o la magia más sencillas. Además, la influencia de los brahmanes ha acabado desde hace demasiado tiempo con la libertad de pensamiento de la gente humilde. Por lo tanto, en una primera fase, la Palabra debe pasar a través de los que poseen el saber.

Hasta la bella edad de noventa años, aquel al que ya nadie llamaba Siddhartha Gautama siguió haciéndose grande. Y cuando dejó de vivir, sus discípulos se contaban por millares. Después de haberse aislado y tumbado sobre su lado derecho, recordó a sus más fieles discípulos los

[32] Nepal, Behar, Audh.

puntos esenciales de la Ley y pronunció sus últimas palabras, en las que subrayó una vez más el fundamento de la no existencia y la indispensable búsqueda de la liberación definitiva: «Ved el cuerpo del Tathâgata: todo lo que está compuesto está destinado a la destrucción… Perseguid vuestro fin en la sobriedad». En los días y semanas siguientes, el país está a punto de caer en el caos, tan violentos son los enfrentamientos para saber quién heredará las reliquias del santo hombre. Finalmente, siguiendo el consejo de un brahmán, estas se dividirán en ocho partes y se repartirán por diferentes provincias: «Siete estupas de cuarenta codos se erigirán por siete reyes para recoger las reliquias. Y la octava parte de las cenizas se confiará a las serpientes Naga de las siete cabezas, en el corazón del bosque».

La enseñanza de Buda

Lo que no tiene raíz no puede ser desenraizado.
Donde no hay movimiento reina el reposo.
Donde reina el reposo no existe placer.
Donde no existe placer, ni ir ni venir…
Allí, ninguna muerte, ningún nacimiento…
Ni en este ni en otro mundo, ni en el intermedio.
Es el fin del sufrimiento.

Más allá de los siglos, cuando podemos dar un salto prodigioso a la historia lejana del hombre, la evidencia impone respeto. Por muy largos que sean el tiempo y la distancia que nos separan de una civilización, siempre queda una huella indeleble de su paso. Más allá de las ruinas que testimonian su arraigo material, se trata aquí del soplo de vida, del espíritu que la anima.

La India del siglo VI a. de C. no escapa a esta regla: sin duda, ha visto nacer en su seno algunos de los pensamientos más brillantes de todos los tiempos. De este fresco de ideas y de concepciones, de aperturas y de tolerancia, debía emerger Buda. Pero, antes de convertirse en el budismo, esta corriente de pensamiento fue la expresión individual de un hombre, mortal como los demás, que supo hablar y actuar, comunicar y transmitir, mostrar el ejemplo con tal convicción que todavía en la actualidad, veinticinco siglos después, su enseñanza sigue estando viva, e ilumina y hace brillar la existencia de millones de personas en todo el mundo.

Antes de ir más allá y reflexionar sobre esta doctrina que debía revolucionar la India clásica, olvidemos por un instante los fuegos de la historia y limitémonos a conocer al hombre que sus contemporáneos reconocieron como el Iluminado.

El anunciador de la «salvación»

La vida pública de Siddhartha Gautama en calidad de Buda comienza realmente el día en el que pronuncia el célebre «sermón de Benarés». Desde ese momento se convierte en transmisor del conocimiento y, hasta su último aliento de vida, utilizará toda su energía para iluminar a sus semejantes y hacerles comprender cuál es el único camino que lleva al nirvana. Buda es consciente de su misión. No permitirá nunca que se dude de su papel, que no es el de un maestro depositario de un saber, sino más bien el de un anunciador del sendero que lleva a la salvación.

Esto explica por qué excluye de su enseñanza todo aquello que no conduce directamente al despertar. El mejor ejemplo para su propósito son los argumentos metafísicos, especialmente desde el punto de vista teórico; sin embargo, durante toda su vida pregonará contra ellos y los considerará perniciosos, ya que pueden hacer que el hombre retarde su camino hacia el nirvana.

En cuanto a que el saber sea un bien o no a la hora de afrontar cualquier tema, Buda adopta en cada caso una actitud serena y especialmente explícita. En el curso de su vida utiliza todos los medios posibles para que se le comprenda y llega a hacer del silencio un método de comunicación completo, al cual conferirá una nueva potencia.

Si calla de vez en cuando, no lo hace por ignorancia, sino para transmitir su pensamiento con mayor exactitud: «Al abstenerse de tocar las realidades extremas, se dejan abiertas. No hablar no significa hacer que estas se desvanezcan, sino, por el contrario, hacerlas visibles como una profundidad formidable. No es imposible encontrar en el mundo el camino a lo largo del cual desaparece el mundo. El saber que está ligado a este camino encuentra su expresión. En cambio, la humildad prohíbe cualquier pretensión de conocer el ser real».[33]

[33] KARL JASPERS: *Les grands philosophes*, Librairie Plon, 1989.

Brota aquí, sin duda, la prodigiosa inteligencia de Buda. Porque en la esencia y en la forma su discurso no difiere demasiado del de tantísimos ascetas que le habían precedido: la concatenación de los pensamientos, la formulación de las ideas, los grandes pilares de su enseñanza, etc.; prácticamente todo había sido dicho y hecho ya en ese campo. Sin embargo, gracias a su personalidad, destaca como un ser único y sublime. Aquí reside toda la diferencia.

Las virtudes del ejemplo

Para decirlo de una manera sencilla, el «secreto» de Buda es la eficacia. No se contenta con hablar, decir o explicar, sino que muestra lo que es necesario hacer. No se limita a describir el sendero que conduce a la salvación: cada segundo, cada instante, de su existencia terrena lo ve totalmente envuelto en aquello que él revela y ofrece a los hombres, él mismo es aquel camino.

Al haber llegado a dominarse a sí mismo, al estar liberado de lo sensible y de los intereses humanos, de sí mismo y de su orgullo, Buda ha realizado con extraordinaria voluntad la superación de sí mismo. Habiendo alcanzado la serenidad, en la paz y en la dulzura, le es más fácil iluminar el camino y mostrar a los hombres la vía que debe seguirse.

La diferencia esencial entre Siddhartha Gautama y los demás ascetas reside indudablemente en el hecho de que ahora él se ha separado completamente de su propio ser, y ha renunciado al conjunto de las exigencias concretas y materiales. La iluminación lo ha llevado más allá de una búsqueda cualquiera: ha llegado a la claridad de un universo de evidencias y de serenidad donde lo impersonal es la regla fundamental. Ahora él se funde con aquello que lo circunda: «Sin casa ni país, con el espíritu robado al mundo, yo camino, intangible para los niños y para los hombres».

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, купив полную легальную версию на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.